



PARADORES CON SABOR A HISTORIA

EXTREMADURA, LA TIERRA DE LOS DESCUBRIDORES

Hernán Cortes estuvo por aquí. Paseaba nervioso por los largos pasillos de este palacio esperando una audiencia con los duques de Feria. La inminente ruina de su familia y el poco dinero que le quedaba - el resto se lo había fundido en Salamanca como buen estudiante de Derecho - hacían que su proyecto de aventura americana quedara en ese instante muy lejos.

TEXTO Y FOTOS: Pedro Mordt



El parador de Zafra sorprende por la austeridad.





Cuatro siglos después nosotros también paseamos, pero indudablemente con otro estado de ánimo, por los recovecos de aquel palacio que hoy se ha convertido en Parador. Empezamos aquí, en Zafra, nuestra particular ruta descubridora por Extremadura, una ruta que nos llevará por sus dehesas, montañas, pueblos y ciudades en busca del paisaje y legado de una tierra de la que partieron numerosos descubridores.

ZAFRA, LA PEQUEÑA SEVILLA

El Parador sorprende, pura austeridad por fuera (nueve torres unidas por altísimos muros de granito) y un cuidado interior fruto de los gustos de la aristocracia del renacimiento español. Castillo por fuera y palacio por dentro, el Parador tiene en el patio central su ombligo, punto de reunión para el café o la copa, la comida o la larga, larguísima, sobremesa de la cena. El artesonado de las habitaciones tiene también su miga, intrincados dibujos que hacen que hasta el más insomne pueda prescindir aquí de sus pastillas para dormir. Desde

una de las almenas del Parador echamos un vistazo al paisaje que nos espera. A nuestros pies se extiende Zafra, la pequeña Sevilla, una bellísima localidad donde los numerosos escudos heráldicos de sus casonas le dan lustre y las más modestas, esplendor con sus balcones engalanados con geranios y gitanillas. Sus estrechas y encañadas calles invitan a perderse y a encontrarse con el vermú en los bares de la Plaza Chica o en la Grande.

Igual que nosotros Hernán Cortés se despidió contento y satisfecho de Zafra, finalmente consiguió financiación, no sabemos si con la cartera llena tomó de nuevo camino a Salamanca pero nosotros enfilamos hacia el suroeste, hacia Fregenal de la Sierra primero y Jerez de los Caballeros después. La suave carretera se abre paso por la dehesa extremeña acercándonos a un paisaje de colinas moteadas por las encinas y los alcornocales, punto de partida de una universal transformación que dará como resultado uno de los más preciados manjares. Estamos en el paraiso del co-

chino ibérico, que ajeno totalmente a su total destino culinario (del cerdo hasta las pezuñas) hucica placenteramente en busca de bellotas. Observar a estos marranos en la dehesa no produce ni mucho menos las mismas sensaciones que contemplar a cualquier otro animal, el cerdo ibérico es único, protagonista principal de la gastronomía española y aunque no sepa francés, uno de los mejores embajadores de que dispone nuestro país. Se le ve feliz, quizá consciente de que su función en la vida sea hacernos también felices a nosotros en forma de finas lonchas de jamón, caña de lomo, chorizo o salchichón.

La parada en Jerez de los Caballeros es obligada para el plato de jamón, aunque este pueda suponer un esfuerzo tras el formidable desayuno del Parador. Esta localidad, anidada en un cerro y privilegiada vigía de los campos que se extienden a sus pies ha sido cuna de numerosos descubridores y conquistadores, de los que destacaban Hernando de Soto, descubridor del Mississippi, y Vasco Núñez de Balboa, ➤



El Parador de Jarandilla, un castillo-palacio del siglo XV.

► primer occidental en divisar el Océano Pacífico. Muchos nobles y cargos públicos de esta localidad regresaron ricos del nuevo mundo y contribuyeron a enriquecer también su pueblo con las casas nobles y palacetes que adornan su trazado urbano. De Jerez de los Caballeros continuamos por la provincia de Badajoz hacia su capital, por rectas que cruzan esta geografía casi plana y de la que emergen aquí y allá fortalezas y castillos. La historia de estos campos habla de batallas en todas sus vertientes: las clásicas contra el enemigo, las internas de primos contra primos, las de feroces ambiciones o las más empalagosas pero igualmente crueles historias de celos y amor.

DE CAMINO A CÁCERES

Paramos en Olivenza bajo un sol de justicia. Las enclavadas calles reflejan como un espejo los rayos de sol y pocos son los que a estas horas del mediodía pasean por esta bella localidad. El refugio del bar se antoja de vital importancia, conviene recordar que no calzamos chancletas ni vestimos bermudas, y tras tomarnos algo decidimos tomar también carrerilla, meter la direct y no para hasta llegar a Cáceres. La carretera ayuda, circunvalamos Badajoz, y por un asfalto de primera y largas rectas llegamos a una hora muchísimo más prudente para el turismo a Cáceres. Esta ciudad, Patrimonio de la Hu-

manidad, posee uno de los conjuntos urbanos de la Edad Media y del Renacimiento más completos del mundo y la lista de los lugares y edificios monumentales es apabullante. Pero sobre todo Cáceres transmite buen rollo, y aunque por su fachada, por su historia y por su peso monumental podría mostrarse altiva y soberbia nada más lejos de la realidad. Se abre al forastero como ninguna y muestra de ello es que una vez al año se convierte gracias al festival Womad en la capital mundial multicultural, donde confluyen las músicas, artes y danzas de los cinco continentes.

Apenas media hora de autopista nos separa de nuestro destino final del día, el Parador de Trujillo. Lo que fuera el Convento de Santa Clara hasta hace bien poco (1533 - 1984) se ha convertido hoy mediante una jugosa transformación en un hotel. Se ha sabido sacudir a conciencia el carácter religioso y austero que dominó sus cuatro siglos y medio de historia y sorprende con sus atrevidos toques vanguardistas. El aspecto más cuidado es sin duda la iluminación. Aquí la eterna lámpara de forja de pantalla tostada ha sido felizmente suprimida y reemplazada por puro diseño lumínico del XXI. Y para entender la particular desamortización de este Convento, nada como desayunar en la antigua capilla, donde los rezos y plegarias matutinas han sido sustituidos por el café y los

huevos revueltos. La ciudad de Trujillo está asentada sobre un enorme roca de granito y domina a placer la amplia llanura que la rodea. Esta privilegiada situación la convirtieron ya desde sus lejanos orígenes en asentamiento de varias civilizaciones, pero lo que transformó definitivamente Trujillo en el impresionante conjunto histórico-artístico que es hoy fueron las riquezas que muchos de sus vecinos trajeron del nuevo mundo. Entre ellos conviene destacar a Francisco Pizarro, conquistador de Perú, y a Francisco de Orellana, descubridor del Amazonas.

Abandonamos Trujillo y nos adentramos hacia la Sierra de Guadalupe por una carretera de tercera división. Apenas nos cruzamos ni adelantamos a nadie, sólo a un achacoso land-rover que nos atufa a conciencia durante una revirada y estrecha subida, y los kilómetros van cayendo entre campos de encinas y alcornoques. La dentada silueta de la sierra aparece en el horizonte, subimos de categoría en lo que a la carretera se refiere y cambiamos también de compañeros arbóreos; de la bellota pasamos a la cereza y a tener una buena excusa para hacer un alto en el camino junto a unos cuajadísimos cerezos. Llegamos a Guadalupe coincidiendo con la hora del aperitivo y aparcamos frente a su monasterio en busca del pincho. La fachada del Monasterio sorprende por su porte e irre-



donde se cultiva tabaco y pimientos que una vez secos y molidos se convertirán en una de las joyas de la Vera. Importados de América por Colón pasaron primero por los curtidos pucheros del Monasterio de Guadalupe (cuna de la mejor cocina conventual de España), antes de recabar en el de Yuste, donde los Jerónimos obraron el milagro del pimentón. Hoy el pimentón se ha convertido en una de las señas gastronómicas de España, de hecho ¿que sería España sin el chorizo, variante culinaria, y este sin el pimentón?

JARANDILLA DE LA VERA, UNA CIUDAD CON ILUSTRES HUESPEDES

En contraste con los paisajes por los que habíamos discurrido previamente, en la comarca de la Vera no escasea el agua, y es el río Tiétar, al que tributan numerosos torrentes que descienden entre profundas gargantas, el que se encarga de convertir a estos parajes en el vergel de Extremadura. Situado en medio de este privilegiado ecosistema se encuentra el Parador de Jarandilla de la Vera, un castillo-palacio del siglo XV acostumbrado a recibir a ilustres huéspedes que vienen en busca del sosiego de esta comarca. Quizá el más ilustre fue

Carlos V, que una vez jubilado como emperador se retiró por estos parajes a meditar y de paso curarse de la gota y ocupó durante varios meses el castillo, a la espera de que le adecentaran sus habitaciones en el cercano monasterio de Yuste. Bajo su reinado se afianzaron las conquistas y exploraciones en América, en parte lideradas por caudillos extremeños, y fue tal el legado que le dejó a su sucesor, Felipe II, que este no tuvo mucha dificultad en acuñar para la historia la más que acertada fanfarronería de que en su imperio nunca se ponía el sol.

Concluimos nuestra ruta por la geografía extremeña en este confortable Parador. Una ruta que nos ha llevado de sur a norte por gran parte de sus paisajes, llanos e infinitos en el sur y agrestes y frondosos en el norte. Una ruta que indudablemente podríamos alargar recorriendo las otras sierras norteñas de Extremadura y visitar los bellos y recónditos parajes de la Sierra de Gata o Las Hurdes al oeste, o en otra escapada internarnos al sur por el Parque Natural de Monfragüe. Pero en Extremadura, tierra de descubridores, conviene dejar algo siempre por descubrir y disponer así de la fácil excusa de la vuelta. ❖

gularidad, confluyen hasta cinco estilos diferentes en su arquitectura, y por encerrar una historia tan grande como su perímetro. El monasterio de Guadalupe marca el inicio de la época de la conquista de América por parte española. De aquí, y firmadas por Isabel la Católica, salieron en 1492 sendas cartas para el alcalde de Palos de Moguer con la orden de entregar dos carabelas a Cristóbal Colón. El genovés ya estuvo por aquí buscando financiación y cuando regresó triunfal de su primera expedición regresó en señal de agradecimiento.

De Guadalupe nuestra ruta marca el norte y continúa por la sierra de las Villuercas. La carretera es muy entretenida y se abre paso por un paisaje de montañas de afiladas cumbres, con extensos bosques de castaños y robles a sus pies. Cuidosamente la orientación de esta sierra contradice a los restantes sistemas ibéricos, y mientras éstos se suelen orientar de Oeste a Este, las Villuercas lo hacen de Norte a Sur. Los bosques dan paso a las llanuras de retama y una vez cruzado el Tajo por el Embalse de Valdecañas nos topamos con la meseta del Campo Arañuelo. Vuelven las rectas, pero por poco tiempo ya que nuestro destino ya se deja ver en el horizonte. La Sierra de Gredos aparece alta y poderosa, almacenado a estas alturas del año todavía nieve en sus neveros más altos. La carretera va ganando altura entre fértiles vegas



DELEITE PARA EL PALADAR



Que en Extremadura se come bien no es ningún secreto. Disponen de tres de los alimentos más alabados de la gastronomía española, el jamón ibérico, el pimentón de la vera y la cremosa y sublime Torta del Casar. En los fogones del Monasterio de Guadalupe se cocinó lo mejorcito de toda España durante siglos y hoy son los Paradores extremeños los que han recogido este legado y los que nos ofrecen unos elaborados platos de raíces muy sencillas, basados única y exclusivamente en una excelente

materia prima. En los tres Paradores es obligado el plato de migas extremeñas para el desayuno y como platos fuertes los elaborados de la base del cerdo ibérico (solomillo ibérico al queso de los lbores en Zafra) o de la autóctona ternera retinta (Solomillo a la parrilla con Torta de Casar en Trujillo). En esta tierra sin costa, el bacalao es el rey y destaca el monacal de Zafra y con muselina en Jarandilla de la Vera.

+ info: www.paradores